

Volver a enseñar

DR. GUILLERMO JAIM ETCHEVERRY

Conferencia pronunciada el 9 de junio de 2004 en el Instituto Superior del Profesorado “Dr. Joaquín V. González” inaugurando el ciclo de conferencias 2004 organizado por la Sociedad Argentina de Educación Matemática y como homenaje en el 100 aniversario de la fundación del Instituto.

QUIERO AGRADECER la invitación que me han hecho para compartir este rato con ustedes. Para mí constituye un motivo de especial satisfacción el visitarlos y poder participar de esta celebración.

En primer lugar, es para mí muy importante conocer este Instituto, que goza de tanto prestigio en la sociedad argentina. Asimismo, agradezco a la señora de Tapia y a la Sociedad Argentina de Educación Matemática por la tan cálida recepción que me han brindado. Creo que son instituciones de las cuales la Argentina debe sentirse muy orgullosa.

De alguna manera, estamos convirtiendo en un hecho la vinculación entre la Universidad de Buenos Aires y el Instituto. Espero que en el tiempo que me quede al frente de la UBA podamos

estrechar estos vínculos, objetivo para el que pongo toda la capacidad de la Universidad a disposición de esta institución como se lo expresara a la profesora Sábato.

Yo he sostenido que una de las misiones esenciales de la Universidad, que no siempre se tiene presente, es la de **enseñar**. Parece una verdad de Perogrullo. Sin embargo, en los últimos tiempos, creo que nos hemos ido deslizando insensiblemente hacia una concepción de la Universidad como institución que cumple muchas otras tareas y, además, enseña. Creo que esa es una idea muy perniciosa que debe ser combatida.

En general, cuando se habla de la Universidad, se menciona que realiza muchas tareas de asistencia social, que hace consultorías y que contribuye con

diversas labores a la sociedad en la que está inserta, pero pocas veces se dice que la Universidad enseña. Me parece que esta es la concepción que debemos cambiar porque, si bien buscamos nuestra justificación como institución en las otras tareas que realizamos —decimos que la Universidad es importante para el país porque se dedica a esas otras actividades— no nos damos cuenta de que nuestra principal manera de influir en la sociedad argentina es precisamente a través de los jóvenes que todos los días se acercan a nuestra Universidad con la idea de estudiar y de aprender. Es allí, en las mentes de esos jóvenes, en el pensamiento de esos jóvenes, en el desarrollo de su espíritu crítico y en la adquisición de conocimientos donde tenemos nuestro campo principal de acción.

No siempre lo vemos así, y por eso me he fijado como objetivo de estos años al frente de la Universidad, tratar de volver a llamar la atención sobre esa dimensión educativa que tiene una institución como la nuestra. Así, he dicho en muchas ocasiones que tal vez la principal tarea que podríamos hacer, que es la de enseñar a esos jóvenes, se debería ver complementada con una mirada y un compromiso más estrecho con el conjunto de la educación argentina, con la que no siempre nos

hemos comprometido como debiéramos. Y si alguna tarea de extensión deberíamos hacer, esta debería tener como objetivo mirar hacia la educación del país.

Como ustedes saben, mi trayectoria personal es muy curiosa porque durante la mayor parte de mi vida me he dedicado a la investigación científica en el campo de la neurobiología. En el año 1986 tuve la oportunidad de desempeñarme como decano en la Facultad de Medicina de la UBA, en la que desarrollé toda mi carrera, y entonces comencé a interesarme más activamente por los problemas educativos de la Argentina. Primero me interesé por la Universidad, pero al poco tiempo me fui dando cuenta de que el problema de la educación argentina era muy profundo, que reconocía muchos determinantes en las etapas previas a la Universidad. Por esa razón me he ido ocupando crecientemente de temas más generales de la educación. Es decir, actualmente creo que debemos actuar antes de que nuestros jóvenes lleguen a la Universidad porque, si no, ya va a ser tarde. Ellos se merecen que hagamos ese esfuerzo.

La esencia de lo que sucede en este momento entre nosotros es que la Educación, en general, interesa poco, por no decir que no interesa. Como

objetivo social, la Educación no despierta un gran atractivo.

Esto se advierte en muchos signos, en particular en los escasos salarios docentes, que no son sino una demostración de ese desinterés social por la tarea que hacemos los docentes. Un amigo personal afirma que todos los meses me envían el telegrama de despido, lo que pasa es que no logran que me de por aludido. Me parece que este es un punto central: lo que observamos son signos de un gran desinterés social por la Educación.

Sí interesa la certificación de la educación, pero **no** interesa la adquisición del conocimiento y por eso, lo que se vincula con el esfuerzo, con la tarea de aprender, es algo que está socialmente desvalorizado. El pacto fundacional de la Escuela, que se basa en la unión de padres y maestros, padres y profesores, para educar a los chicos está roto. Hoy los padres están aliados con los hijos en contra de la institución escolar, a la que se concibe como una institución opresiva. Es como si dijeran: “La escuela posee un bien que es el título, la certificación, pero exige, coloca vallas para acceder a ese bien”. Entonces el objetivo se convierte en eliminar esas vallas o, al menos, lograr que sean lo más bajas posibles. Un ejemplo que confirma esto es el de

muchas jurisdicciones del país que no tienen clases durante todo un año por problemas docentes. Si bien no hay clases durante un año, el reclamo de los padres no es que los chicos adquieran el conocimiento perdido, sino que pasen de grado o de año por una resolución del gobierno respectivo. Esto es un verdadero escándalo. Quiero decir, en una sociedad medianamente organizada esto sería un escándalo que se comentaría. Sin embargo, esa conducta es entre nosotros habitual.

¿Quieren un ejemplo de hipocresía mayor a propósito de la educación que se dé por aprobado por decreto un grado o un año a quien no lo ha cursado? Vale decir, ni siquiera ha debido hacer el esfuerzo ni tiene el conocimiento que supone esa aprobación. Ahí reside la destrucción de la idea fundacional de lo que es la Escuela. Por eso creo que resulta importante volver a destacar estos aspectos que parecen muy básicos y elementales, pero que, sin embargo, son los que hoy se encuentran en profunda crisis. Hoy no hay en nuestras sociedades —no sólo en la Argentina, ya que este parece ser un problema general en todo el mundo— un interés genuino por el logro académico.

Hace tres o cuatro años, el Ministerio de Economía de la Nación realizó un estudio en el que intentó vincular el

rendimiento de los jóvenes que concluían la escuela media, en matemática y en lengua, con el valor de la cuota que pagaban los padres en los colegios de gestión privada. Se comprobó que no existía ninguna relación. En colegios en los que se pagaban elevadas cuotas, se obtenían malos resultados y viceversa. Ese dato fue publicado en los periódicos, noticia que generó un debate que se circunscribió a un día. Posiblemente, por lo que hay implícito en esa discusión era demasiado importante como para seguir debatiéndose. Pero lo importante fue que se respondió: que la educación es mucho más que matemática y lengua. Lo que es cierto, aunque, al menos es eso. No existe ninguna justificación para que en establecimientos donde los padres pagaban en aquel entonces mil dólares por mes para educar a sus hijos, el rendimiento de éstos en matemática y lengua, como se vio en varios casos, los ubicara en los puestos 200 y 300 del ranking de escuelas del Gran Buenos Aires. Lo único que indicaba esto era el desinterés de la escuela, de la familia, de todos, por el rendimiento académico de los chicos.

Allí reside uno de los indicios más importantes de la naturaleza de la crisis que enfrentamos, que es ese desinterés al que hacía referencia al comienzo. Ni siquiera quienes pueden adquirir

educación, y a precios elevados, están comprando calidad académica. Esto, de alguna manera, está marcando un ejemplo que, yo creo, se está difundiendo en la sociedad.

Hay muchos estudios que demuestran que quienes más confían en la Educación como herramienta de progreso son las personas más desfavorecidas económicamente. Vale decir, la gente que tiene más dificultades piensa, aún sigue pensando, que es a través de la educación que progresarán, cuando muchos de nosotros, muchos de nuestros hijos, ya no creen esto. Vale decir que nosotros no hemos sido capaces de transmitir el valor que tiene el sistema educativo. En mi opinión, existe un problema cultural profundo en este tema. La educación no escapa a las situaciones que definen a la sociedad actual.

Quería comentar algunos tres o cuatro aspectos que considero interesantes para la reflexión. El primero es una idea que se está insinuando crecientemente dentro de nuestra educación: la de que lo que hay que enseñar es lo útil. Esta idea se ve a menudo expresada, tanto por los padres como por los hijos, cuando afirman: “¿Y eso que aprendés, lo que te enseñan en la escuela, para qué sirve?”. Esa es una pregunta ingenua, detrás de la cual se esconde una ideología. Lo que

quieren preguntarse es: “¿Eso que te enseñan, eso que estás aprendiendo, te va a servir para hacer dinero de inmediato?”. Esto es lo que encierra esa pregunta inocente y me parece que revela que estamos empobreciendo crecientemente nuestra educación: estamos empobreciendo a nuestros chicos y a nuestros jóvenes.

Les estamos quitando posibilidades de acceder a las dimensiones de aquello de lo que son capaces, porque en última instancia eso es lo que da la Educación: **la Educación nos da a cada uno de nosotros la dimensión de nuestras posibilidades.**

Yo siempre cito algo que no debiera citar en este contexto. Si me hicieran desarrollar el teorema de Pitágoras, sería un fracaso. Sin embargo, sé que en mi interior tengo mecanismos intelectuales que me permiten realizar desarrollos de ese tipo, y por eso ha sido tan importante que alguna vez lo aprendiera. Por eso, esta idea de que lo que hay que aprender es lo útil, lo que hoy se considera útil —habrán visto muchas veces que se pregunta: “¿Qué es lo que piden las empresas?, ¿qué es lo que se necesita para trabajar?”— es una idea empobrecedora para nuestros chicos y para nuestros jóvenes. Y es empobrecedora también desde el punto de vista del análisis económico porque

en un mercado de trabajo como el actual, tan inestable, tan cambiante, lo único que ofrece ciertas posibilidades es la amplitud de conocimientos de cada uno y la amplitud de herramientas diferentes para acceder a la realidad. No es casual que muchos presidentes de grandes compañías internacionales no sean hoy graduados en administración de empresas o en economía, sino en historia o filosofía, porque son quienes poseen los mecanismos intelectuales que les permiten comprender la naturaleza de los complejos cambios que se están produciendo en la sociedad tan rápidamente. Vale decir que, aún desde ese punto de vista, resulta defendible la idea de una educación lo más amplia y completa posible.

Además, nadie sabe cuándo va a usar qué. Nosotros actuamos ante cada uno de los desafíos que nos plantea la realidad como personas completas que somos, y ahí ponemos de manifiesto todo aquello que hemos aprendido, todos los mecanismos que hemos logrado desarrollar. De allí la importancia que tiene el intentar, el hacer el esfuerzo, destinado a que nuestros chicos desarrollen precisamente al máximo todas sus capacidades. Por eso esta idea de la utilidad (de la relevancia, dicen otros), es una idea que debe ser analizada con mayor detenimiento.

El otro punto que creo importante destacar es la tendencia a incorporar la educación, como el resto de las actividades humanas, al mundo del espectáculo. Se trata de la idea de que la educación, para ser tal, tiene que ser “divertida”, tiene que lograr divertir al alumno. Por eso, muchas veces han escuchado hablar de que padres e hijos dicen que “la escuela es aburrida”. Es la idea de que la escuela es otra parte más del espectáculo en que vivimos. El objetivo es buscar la diversión. Y esto creo que también tiene detrás un significado profundo: la tendencia contemporánea a rehuir el esfuerzo.

Todos quienes hemos aprendido algo sabemos que nos ha costado un cierto trabajo, un cierto esfuerzo, que lo hemos aprendido trabajando sobre nosotros mismos, por supuesto interesados por los docentes, ayudados por ellos, pero esencialmente realizando un trabajo sobre nosotros. Esta idea es una idea que se está eclipsando. Debemos hacer un esfuerzo para reconquistarla, para señalar que la escuela, a todos sus niveles, brinda esencialmente la posibilidad de realizar ese esfuerzo, el estímulo para hacerlo, estímulo que hoy está perdido en el resto de la sociedad.

En reiteradas ocasiones me he referido a la escuela como una institución **contra-cultural**. Su naturaleza va en

contra de la cultura contemporánea, y está bien que así sea. Es una manera de mostrarle a los chicos y a los jóvenes que, además de las banalidades, de las groserías y de las superficialidades que les mostramos todos los días a través de la pantalla de la televisión, el ser humano ha sido capaz de hacer otras cosas a lo largo de su historia y que son precisamente esas otras cosas las que nos han llevado a donde estamos. Creo que este es un punto importante que no siempre tenemos presente: **nuestra misión, y creo que es una misión esencial del profesor, es la de dar testimonio.**

La autoridad del profesor nace, precisamente, en esa capacidad que tiene de dar testimonio de que existen otras cosas, de que hay otra realidad además de la realidad cotidiana, que es la que pasa por el desarrollo de las capacidades intelectuales y creativas de cada una de las personas que se acercan a aprender. Creo que esta idea es una idea que también está perdida y es importante reafirmar. Por eso, últimamente estoy insistiendo en la necesidad de **volver a enseñar**. Es que existe un cierto temor a enseñar. *Osar enseñar*, es el lema de un grupo de profesores en Francia que está, de alguna manera, tratando de tomar la iniciativa para volver a enseñar.

Hoy pareciera ser que no es necesario enseñar nada. Si se admite esta idea contemporánea de que los datos están en todos lados, ¿para qué aprender? ¡Todo cambia tan rápidamente! Lo importante es enseñarles mecanismos, por eso se proclaman estas consignas contemporáneas de “aprender a aprender”, tan de moda. Pero resulta que siempre se enseñó a aprender a aprender. Todos hemos sido contruidos como maquinarias de aprender. No es cierto que los que no somos jóvenes somos estúpidos y memoristas, incapaces de resolver problemas. No es así. Por eso esta idea, la de que es necesario enseñar algo, la idea de que “aprender a aprender” se aprende aprendiendo algo, también debería ser reinstalada en el debate educativo.

Hoy pareciera ser que lo que vale es la libre expresión y que, cuando llegue el momento, como todo ha cambiado tanto, uno acudirá a una computadora donde encontrará los datos. Cincuenta años atrás los datos estaban en los libros; los mismos que hoy están en la computadora, pero a nadie se le ocurría basar en ese hecho la justificación para no aprender nada. Enfrentamos exactamente la misma situación. Antes se pensaba que había un cuerpo de conocimientos que era necesario poseer, y esto hoy sigue siendo así.

Cambian mucho las fronteras del conocimiento, pero para comprender ese cambio es preciso contar con una base sólida que permita advertir el cambio y, al mismo tiempo, comprender cómo se genera.

Esta dimensión histórica del conocimiento hoy está perdida. Parecería ser que el único conocimiento válido es el que se acaba de generar. Sin embargo, a poco que miremos cualquier campo del saber, advertimos que es importante advertir su inserción histórica.

Es por esto que hoy resulta posible tomar un texto escrito hace 2000 años y entablar un diálogo con el autor, como si estuviera vivo. ¿Por qué? ¿Por qué se puede leer a Platón y entender lo que dice?

Porque está apelando a algo que es permanente en el ser humano. Bueno, de eso **permanente** es de lo que se ocupa la Escuela. La Escuela no necesariamente debe estar centrada en la pura actualidad. Resulta importante adquirir esta dimensión de herencia a poner en posesión de los recién llegados al mundo, que son los jóvenes.

El hecho de ser joven no garantiza el conocerlo todo, el contar con todas las respuestas, contrariamente a lo que se nos transmite a jóvenes y a viejos a través de los medios de comunicación.

Hoy respetamos la cultura juvenil, que es una cultura hecha por adultos, creada por adultos que han descubierto en los jóvenes, constituidos como grupo, un enorme mercado comercial. Nuestros chicos, nuestros jóvenes, tienen derecho a saber que hay otras cosas además. Después podrán elegir.

Pero no podrán hacerlo si nosotros como responsables de darles testimonio de la existencia de esa otra realidad nos negamos a hacerlo. Hoy los padres y los profesores queremos ser los amigos canosos de nuestros hijos y de nuestros alumnos. Nos rehusamos a esa responsabilidad de marcar que somos diferentes, y esa diferencia es la que los va a ayudar a construirse como personas. Rehuimos esta tarea y me parece que ese es un punto importante, al menos para debatir, para no pasar por alto ya que reviste una gran trascendencia.

Otra cuestión que resulta importante comentar en torno a este tema es la vinculada con la modernidad. Se afirma muchas veces que la educación argentina está en crisis porque está atrasada, debe modernizarse. A este respecto, siempre acudo a una anécdota, muy apropiada en este ambiente.

Hace años visité el Instituto Weizman, en Israel, interesado en la enseñanza de

la ciencia. Hay allí un grupo muy sólido dedicado a esa cuestión. Entrevistaba a una profesora experta en la enseñanza de la matemática a través de modernos métodos de computación. Muy agradable, hablaba con un fondo de computadoras en cuyas pantallas danzaban las ecuaciones.

En un momento del diálogo, le pregunté acerca del rendimiento de los chicos de Israel en matemática. Me respondió: “Estamos en el rendimiento mundial promedio. Y este es un problema que preocupa muchísimo a los políticos israelíes porque se trata de un país que está estratégicamente basado en la ciencia y la técnica. Para poder sobrevivir Israel necesita desarrollo científico y técnico. Por eso resulta dramático que sus chicos no lideren los rankings de matemática, porque eso está comprometiendo el futuro. Estamos haciendo muchísimos esfuerzos para mejorar el rendimiento en matemática de nuestros chicos”. Mientras esto decía la profesora, yo pensaba “¿A qué dirigente argentino preocupará que nuestros chicos no estén liderando los rankings de matemática?”. En el mejor de los casos dirán que al nene o a la nena no le gusta la matemática, “No nació para eso, no es lo suyo”, con lo que quedan justificados desinterés e ignorancia.

Resulta crucial la trascendencia social que se da al tema. Pero la conversación prosiguió cuando pregunté: “Profesora, y entonces, ¿qué país lidera el rendimiento en matemática?”. Conocía la respuesta pero no lo que la siguió: “Singapur” dijo la profesora, y prosiguió: “Conozco mucho la situación de ese país porque soy consultora de su gobierno. Como es un país pequeño conozco casi todas sus escuelas”. “He dado con la persona adecuada —respondí— ¿cómo enseñan en Singapur?”. Se produjo una prolongada pausa. La profesora finalmente dijo: “Es decepcionante. Enseñan ¡como antes!”.

Se trata de una anécdota muy ilustrativa. Obviamente no propongo el regreso al pasado pero quiero llamar la atención acerca de la necesidad de ser más cautos ante la trascendencia que se le da a la tecnología sin poseer las bases para entender qué es lo que hay detrás de esa tecnología.

En general, hoy se nos insta a no usar la lógica, pero hay otros que han usado la lógica para que nosotros no la utilicemos. Así, cuando uno hace una operación matemática en una calculadora, hay una lógica detrás de eso puesta por alguien. Eso, si no nos lo enseñan, nos lo han sacado a nosotros. He aquí una idea interesante para meditar: ¿Hasta qué punto estamos

dejando de desarrollar en muchos de nuestros chicos y jóvenes las habilidades básicas que les permitan poner en marcha sus propios mecanismos de pensamiento, su comprensión de la lógica que esconde gran parte de de la tecnología que utilizan?

Hablando de la enseñanza, me parece importante insistir en la necesidad de volver a enseñar algo. Conversando con una profesora con gran experiencia en la enseñanza de lengua en escuelas bilingües, me confirmó algo que vengo escuchando de profesoras de esas escuelas y es que los chicos conocen mejor y manejan mejor la estructura de la segunda lengua que la de la lengua propia. Esto sucede porque se estudia la estructura de la lengua, se estudia su gramática y se analiza su sintaxis. La otra lengua se estudia, mientras que la lengua propia se habla, y parece bastar con hablarla.

Esa es la razón por la cual, hoy, la enseñanza de nuestra lengua es prácticamente inexistente: ya casi no se la enseña. Antes, al chico se lo sentaba en una silla y se le decía: “Te voy a enseñar la estructura de tu lengua, vas a aprender tu lengua, te voy a ayudar a descubrir tu lengua”. Hoy, se lo sienta y se le dice: “Hablá”. Directamente lo introducimos en el mundo de la libre expresión, prácticamente no controlada.

Hoy vemos en nuestros chicos el resultado de esas prácticas. Ellos están siendo educados en su lengua por los ignorantes que les hablan desde la pantalla de televisión, sin siquiera saber que son ignorantes. Eso sí, tienen una ignorancia militante, porque hacen todo lo posible por imponer su manera de hablar. Ya no usan la grosería en el hablar para impactar, para destacar un punto, para marcar un estado de ánimo; directamente lo hacen por ignorancia, porque desconocen la lengua.

Al retirarnos de la función de enseñar la lengua, no hemos insistido en la lectura, que es la piedra angular del aprendizaje. No se trata de veneración a los libros, sino del tipo de actitud mental que desarrollan. Leyendo se piensa, mirando se siente. Me parece que, al vivir una cultura de imágenes, que esencialmente apela a lo emotivo, estamos dejando de lado esas otras capacidades de reflexión que desarrolla la lectura, en especial la de volver sobre un pensamiento.

En las sociedades que estamos construyendo, nos vamos acostumbrando a reaccionar emotivamente, no reflexivamente. Esto representa un peligro muy grave. El antídoto contra ese peligro es la Escuela, sigue siendo la Escuela. Porque es la institución que permite el desarrollo de

esas capacidades de análisis y de crítica, que se basan esencialmente en la adquisición de ciertos conocimientos. Es imposible criticar lo que no se sabe.

Es posible que nuestros sistemas educativos nos devuelvan hoy chicos muy creativos; lo que no cabe duda es que ellos son, en general, ignorantes acerca del mundo que los rodea y sobre sí mismos. Si se investigan en alumnos universitarios conocimientos matemáticos, en una muestra de más de 8000 jóvenes, se comprueba que solamente 4 de cada 10 de ellos son capaces de responder a qué equivale $1/3$ de 600. Y se trataba de elegir la respuesta entre varias opciones. Ni siquiera frente a la respuesta identificaban el dato. Es que los datos figuran correctamente en todos los libros y en las computadoras, pero están bien registrados en la gente. Esos datos son importantes porque son los que permiten ubicar a una persona en la historia, en el tiempo, en la realidad. ¿Qué juicio puede hacer una persona que está perdida en las coordenadas elementales?

En definitiva, por un lado, mientras nuestro discurso indica que estamos en la sociedad del saber y del conocimiento, por otro lado, en las mentes de las personas nos vamos dirigiendo hacia una oscuridad creciente. Así, ya tenemos muchos problemas en el desarrollo de

vocaciones por ciertas disciplinas que son como “más difíciles” de adquirir. Tenemos pocos estudiantes en las áreas de la química, de la física, de la matemática, de la ingeniería. No es un problema sólo argentino, se observa en muchos países, y se debe a que, simplemente, estamos poniendo menos esfuerzo en enseñarlas.

No exponemos a nuestros chicos a conocimientos más complejos, muchas veces porque los padres no quieren. En las guarderías en las que se están transformando nuestras escuelas —hago reiterada referencia a las “guarderías ilustradas”, cada día más guarderías y cada vez menos ilustradas— estamos rehuendo esa tarea, resultará más difícil encontrar chicos interesados en esas materias ya que nos deslizamos hacia la enseñanza de temas más accesibles, más relevantes, sobre todo, más fáciles.

En síntesis, la idea central que he buscado transmitir es que la sociedad argentina no es una sociedad que privilegie el conocimiento; que tenemos que volver a hacer un esfuerzo para señalar que eso sigue siendo importante; que la escuela no es una etapa más de la diversión cotidiana, sino que es un lugar de trabajo en el que el profesor representa el valor que la sociedad le da a ese conocimiento y por eso es importante que el profesor esté bien

formado, que posea capacidad didáctica, pero que sepa lo que enseña porque, de alguna manera, está simbolizando ante los chicos relevancia social del conocimiento.

Relataré una anécdota cruel. Una señora paseando con una nena de la mano por un barrio elegante de esta ciudad. La nena le dice: “Mamá, mamá, mi señorita es muy inteligente”. Y la madre le contesta: “Bueno, tan inteligente no será porque, si no, no se dedicaría a eso”. Resulta evidente la pérdida de la valoración social de nosotros como docentes. Debemos hacer un esfuerzo por reconstruirlo, porque esa es la esencia de la Escuela.

Nos encontramos en un ámbito muy apropiado para hacer un comentario final. ¿Se imaginan ustedes, a principios del siglo XX en la ciudad de Buenos Aires, que se construya un edificio como este que nos alberga para una escuela? ¿Se imaginan lo que hay detrás, como consideración social de la Educación, para que se haga una escuela como esta, un salón como este?

A Sarmiento le criticaban muchas veces que sus escuelas eran lujosas, a lo que respondía: “¡Sí, efectivamente, porque lo que queremos hacer es marcar la importancia que tiene la educación!”. Si hoy hacen una escuela, estén seguros

de que no va a tener el mismo grado de desarrollo que tiene cualquier hotel de lujo de esta ciudad, estén seguros de que no va a tener esa estructura porque, efectivamente, la actividad que allí se realiza no es tan valorada.

Es más, hemos visto en el pasado escuelas como estas que terminan convertidas en ámbitos comerciales. Quien visita Córdoba, puede comprobar la transformación de una escuela histórica en un shopping. Han tenido la prudencia de conservar una estatua, que corona la fachada, de una madre enseñando a leer a unos niños, símbolo de la educación. Basta deslizar la mirada para advertir que debajo hay un local en el que se expende comida rápida, toda una metáfora de las prioridades actuales.

Mientras no logremos revertir esta tendencia, resultará muy difícil proseguir con el esfuerzo educativo. A pesar de todas estas reflexiones, quienes nos dedicamos a la actividad docente debemos estar plenamente convencidos de que nuestra vida estará justificada cada vez que percibamos que hemos ayudado a que alguien comprenda algo. Es en ese momento cuando experimentamos la justificación de nuestras vidas. Ante la puerta del aula se detiene todo: los planes de estudio, los supervisores, todo, solo quedan el maestro y sus alumnos. Y la aventura de

enseñarles algo sigue siendo una apasionante aventura que justifica toda una vida. Por eso, insisto en que debemos perseverar en la empeñada voluntad de tratar de incorporar a los chicos, recién llegados al mundo, a esto que hemos logrado entre todos hacer a lo largo de nuestra historia.

Somos castigados, maltratados, no siempre valorados, pero en el fondo encontramos nuestra justificación en el otro que está frente a nosotros. La enseñanza sigue siendo interacción entre personas y no dejará de serlo. Muchos estudios señalan que, en el futuro, los pobres serán educados por máquinas, mientras que quienes dispongan de mayores posibilidades seguirán recurriendo a los maestros. No debemos permitir que eso pase. Todos tienen derecho a entrar en contacto con otras personas que tengan tanto interés en el otro como para enseñarle algo. Me parece que esa es la justificación profunda de nuestra actividad y por eso en esta institución destinada, precisamente, a formar gente que enseña, era imprescindible que me despidiera con ese estímulo.

A seguir en esta tarea a pesar de las dificultades, a pesar de los inconvenientes y de todo lo que les va a pasar, que no siempre va a ser bueno. Les sucederán también muchas cosas

buenas. Deben buscarlas en la interacción con esos chicos, con esos jóvenes que seguirán recordando a personas. Así como ustedes recuerdan a sus maestros y profesores, al menos a algunos de entre ellos, en el futuro alguien los recordará a ustedes. Y esta, yo creo, es la mejor justificación que encontrarán en sus vidas.